

“No a la guerra”: cuatro palabras para todas las bibliotecas del mundo

Ramón Salaberria Lizarazu Comisario de la Exposición Biblioteca en guerra. (Biblioteca Nacional de España, Madrid).
Correo electrónico: salaberria@gmail.com

Blanca Calvo Alonso-Cortés. Comisario de la Exposición Biblioteca en guerra. (Biblioteca Nacional de España, Madrid)
Correo electrónico: bcalvoac@gmail.com

Resumen El trabajo relata la experiencia vinculada con la Muestra Bibliotecas en Guerra realizada entre los años 2004 y 2006, y cómo con esa muestra se rescató del olvido el trabajo realizado por bibliotecarios para crear bibliotecas y promocionar la lectura durante la República y aun durante la guerra civil española. El resguardo del patrimonio cultural de parte de esos trabajadores de biblioteca y los actos biblioclásticos producidos durante el franquismo.

Palabras Claves Desmemoria; Bibliotecarios represaliados; Bibliotecas para todos; Protección del tesoro bibliográfico; Compromiso con la lectura; Bibliotecas en el frente.

Fecha de recepción: 30/06/2022

Fecha de aceptación: 20/07/2022

Cita sugerida: Salaberria Lizarazu, R., Calvo Alonso-Cortés, B. (2023). No a la guerra: cuatro palabras para todas las bibliotecas del mundo. *Anuario Basta Biblioclastia*, 1(1), 176 - 202.

Esta obra está bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_AR

Presentación

A finales del siglo pasado, cuando casi se habían cumplido sesenta años desde el final de la guerra civil española, se produjo por fin un intento de rescatar la gran labor bibliotecaria desarrollada durante el período republicano y la guerra que le siguió. La desmemoria, que aún sigue ocultando muchos acontecimientos de aquel periodo, había enterrado en el más profundo de los olvidos el trabajo realizado por un puñado de colegas convencidos de que la cultura es la herramienta adecuada para conseguir la igualdad entre los seres humanos.

La revista Educación y Biblioteca había ido publicando dossieres sobre el tema¹. También se había publicado, por primera vez en español, España viva: el pueblo a la conquista de la cultura², un libro clave para conocer ese período, publicado originalmente por Juan Vicens en París en 1938. Y habían aparecido otras dos monografías de mucho interés: El Servei de Biblioteques del Front 1936-1939³, de MariaCugueró, Maria Teresa Boada y VicençAllué y La política del libro⁴ durante la Segunda República: socialización del libro, de Ana Martínez Rus.

Por otra parte, en 1991, la Biblioteca Nacional -dirigida por Alicia Girón- había presentado en su vestíbulo de acceso una modesta exposición titulada La lectura pública en España durante la II República, con Paloma Fernández Avilés como comisaria. Y algo más tarde, en 2004, se habían realizado otras dos exposiciones de alcance más local: Las Bibliotecas Populares en Asturias -sobre el desarrollo de las bibliotecas de ateneos en esa región hasta 1936- y una muestra itinerante sobre Les biblioteques del front, organizada por la Diputación de Barcelona.

Pero el desconocimiento de aquellos trabajos era prácticamente absoluto fuera de un pequeño círculo de especialistas. De María Moliner, por ejemplo, casi nadie conocía su faceta bibliotecaria. Lo mismo podríamos decir de Tomás Navarro Tomás, director de la Biblioteca Nacional tras el estallido de la guerra, y de otras figuras claves, como Juan Vicens y Teresa Andrés, cuyo trabajo era desconocido para su propio hijo. Por eso fue tan importante que una nueva directora de la Biblioteca Nacional de España, la escritora Rosa Regás, nada más recibir el nombramiento en mayo de 2004 decidiera dar a conocer, mediante una gran exposición, el trabajo de aquel centro durante la guerra. El Museo del Prado ya había hecho un reconocimiento semejante en 2003, y ahora por fin le tocaba el turno a las bibliotecas.

Aquella exposición se vería desde noviembre de 2005 hasta principios de 2006.

Nuestros olvidados maestros bibliotecarios en una exposición

Nosotros recibimos el encargo de ser sus comisarios en otoño de 2004, y aceptamos sin dudarlo a pesar de que teníamos apenas un año -menos de la mitad de lo que suelen necesitar exposiciones de esa envergadura-, y de que la exposición sólo se iba a poder visitar durante tres meses, porque los ciclos expositivos de las grandes instituciones están fijados con mucha antelación, y lo único que había podido hacer Rosa Regás era abrir un hueco entre dos exposiciones previamente programadas, para subrayar que se cumplían setenta años desde el comienzo de la guerra.

Biblioteca en Guerra, como se acabaría llamando aquella muestra, se presentaba a nuestros ojos como una excelente oportunidad para dar a conocer un trabajo apasionante y reconocer el esfuerzo de los profesionales que lo habían llevado a cabo. La verdad es que suponía un gran reto, porque teníamos que narrar una historia que en ese momento no conocíamos del todo, y usar para ello lenguajes para nosotros del todo desconocidos: el de las grandes exposiciones y el audiovisual, ya que queríamos introducir seis pequeños vídeos en el recorrido⁵. Por suerte, unos años antes nos habíamos aliado con colegas como Alicia Girón para tratar de reconstruir aquel periodo, y habíamos empezado a averiguar cosas. Eso, sumado a las ganas que teníamos de reivindicar a los bibliotecarios de la República, nos permitió encontrar el hilo narrativo.

Lo primero que hicimos fue intentar convencer a Rosa Regás de que había que ampliar el foco. Es cierto que la Biblioteca Nacional había hecho durante la guerra un gran trabajo de preservación que valía la pena divulgar. Pero ese esfuerzo no podía entenderse sin conocer la revolución que se había producido en el sector bibliotecario en los años anteriores. En tan solo cinco años -desde la instauración de la República en 1931 hasta el arranque de la Guerra Civil en 1936- se había legislado, se habían multiplicado extraordinariamente los presupuestos, se habían creado cientos de bibliotecas en las escuelas, se había dado a todos los pueblos españoles la posibilidad de abrir una municipal, se habían formado bibliotecas en sindicatos y otras agrupaciones obreras -incluso se había compuesto un Himno de las bibliotecas proletarias, con música de Vicente Salas Viu y letra de Rafael Alberti-, se habían creado grupos de trabajo para seleccionar los títulos que debían formar parte de los diferentes tipos de bibliotecas y se habían hecho muchas cosas más. Aquellos compañeros no habían corrido: habían volado. Durante la guerra su trabajo pudo seguir, e incluso ensancharse, porque el movimiento venía de atrás. Por eso, una

exposición que quisiera reflejar fielmente lo que había ocurrido durante la contienda debía empezar su relato unos años antes, y debía referirse a todo tipo de centros y servicios bibliotecarios.

Una vez que nuestra propuesta de ampliar la mirada fue aceptada por la Biblioteca Nacional, empezamos a trabajar. Teníamos claro que queríamos hacer una exposición para el gran público, no para los eruditos; una exposición con un fuerte componente visual que provocara en los visitantes un acercamiento emocional; una exposición que no se centrara sólo en lo que sucedió en Madrid o en los grandes núcleos urbanos, sino que mostrara cómo ese despertar bibliotecario tenía el objetivo prioritario de llegar a los pueblos más apartados; una exposición que presentara el trabajo bibliotecario a través del recorrido biográfico de cinco grandes protagonistas de aquellos cambios, acompañados de un coro de colegas tan destacables como ellos. Una exposición, en fin, que transmitiera las consecuencias -la feroz represión- que trajo la derrota, cuando empezaron a ser normales para el bando ganador las quemaduras y expurgos de libros, el cierre de bibliotecas y los castigos, exilios o muertes para las personas que las habían promovido. De los cinco bibliotecarios que vertebraron aquella exposición, tres murieron en el exilio sin haber vuelto a pisar el país por el que tanto habían trabajado, y dos sufrieron un exilio interior no menos penoso: fueron rebajados de categoría profesional y tuvieron que forjarse un mundo propio para protegerse del que les rodeaba.

El inspector bibliotecario que murió en Pekín

En la exposición encabezaba el apartado que mostraba el renacer de las bibliotecas públicas, porque a ellas dedicó una buena parte de su vida.

Entre 1933 y 1936, el gobierno español creó más de doscientas bibliotecas municipales.

Además, el Patronato de Misiones Pedagógicas -nacido en mayo de 1931- había creado en junio de 1936 cinco mil quinientas veintidós pequeñas bibliotecas de cien ejemplares -a veces contenían también un gramófono y discos-, que se depositaban sobre todo en las escuelas, aunque también en sindicatos, Casas de Beneficencia y Casas del Pueblo. Siempre en

“poblaciones de menos de 5.000 habitantes, y en una muy grande proporción a pueblecitos de 50, de 100 y de 200 vecinos, verdaderas aldeas en donde no se contaba, ni en la realidad ni casi en esperanza, con ningún otro medio de cultura⁶”.

El bibliógrafo Homero Serís, otro ilustre exiliado, explicaba en 1934 cómo había podido hacer ese gran esfuerzo económico el Ministerio de Instrucción Pública: “Como la República no necesita ejército, se ha reducido prácticamente a la mitad. Y gran parte de los créditos del Ministerio de la Guerra se han transferido al de Instrucción Pública”. Palabras que, en el ambiente de rearme mundial que impera hoy, nos llenan de nostalgia.

El trabajo había sido tan rápido y eficaz que en 1935, cuando se celebró en Madrid el Segundo Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía -el actual Congreso de la IFLA- el comité organizador dijo haber visto “con sumo interés la excelente labor realizada [...] y espera firmemente que todo el movimiento español en pro de las bibliotecas populares continuará recibiendo el apoyo moral y financiero necesario para fomentar la labor tan felizmente comenzada”.

Juan Vicens tuvo mucho que ver con ese movimiento en pro de las bibliotecas. Ejerció como inspector de las municipales que se iban creando, muchas de las cuales recorrió usando para ello cualquier tipo de vehículo: tren, coche, mula o sus propios pies. Los informes emitidos tras sus visitas, que se conservan en el Archivo General de la Administración y se han publicado en la revista *Educación y Biblioteca*⁷, son concretos y brillantes. Incluyen sencillos análisis sociopolíticos de las localidades visitadas, que le sirven para aventurar cuál será el futuro de cada biblioteca. De todos los viajes que este bibliotecario pionero realizó a lo largo de su vida -en 1925 salió por primera vez de España con su amigo Luis Buñuel, hacia el París de los surrealistas-, casi podemos asegurar que estos fueron para él los más apasionantes.

Prácticamente todas esas bibliotecas municipales creadas por el gobierno republicano se cerraron al terminar la guerra, y hubieron de pasar décadas antes de que los nuevos gobiernos democráticos de España -el central y los de las regiones- empezaran a tomarse en serio lo de llenar de bibliotecas nuestro territorio. Ni que decir tiene que muchos de los fondos de aquellas bibliotecas se expurgaron o se perdieron.

Respecto a las que el Patronato de Misiones Pedagógicas había mandado a las escuelas, su destino quedó ya definido en una orden emitida el 4 de septiembre de 1936 por el gobierno de Franco, sólo aplicable en ese momento al territorio que él ocupaba. La orden dice lo siguiente (la puntuación es la original):

“Considerando que la gestión del Ministerio de Instrucción Pública y especialmente la Dirección General de Primera Enseñanza, en estos últimos años, no ha podido ser más perturbadora para la infancia pues cubriéndola con un falso amor a la cultura, ha apoyado la edición de obras de carácter marxista o comunista; con la que ha organizado bibliotecas ambulantes y de las que ha inundado las Escuelas, a costa del Tesoro Público, constituyendo una labor funesta para la educación de la niñez, se dispone que por los gobernadores civiles, alcaldes y delegados gubernativos, se proceda, urgente y rigurosamente, a la incautación y destrucción de cuantas obras de matiz socialista o comunista se hallen en bibliotecas circulantes de las Escuelas”.

Precisamente, una de las cosas que nos parecía necesario mostrar en la exposición Biblioteca en guerra eran, justamente, las portadas de los cien libros que componían el lote inicial de aquellas bibliotecas. Buscamos la lista en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares y encontramos varias, porque a veces, debido a la alta demanda que el trabajo bibliotecario había estimulado, era necesario cambiar títulos por no estar disponibles todos en el mercado editorial. Hoy queremos compartir con ustedes los cinco primeros títulos de una de aquellas listas. Son La Odisea; La Ilíada; Historias de Shakespeare; Los últimos días de Pompeya y el Fausto de Goethe: todos ellos absolutamente socialistas y marxistas, como se puede apreciar.

El escritor Luis Mateo Díez, Premio Nacional de las Letras Españolas en 2020, ha contado cómo encontró de niño, arrumbadas en el desván de su casa de Villablino, pueblo del que su padre era secretario en el Ayuntamiento, cajas llenas de libros que él leía en secreto, sospechando que había algo prohibido en ello. Por lo que se ve, el padre había sido incapaz de cumplir la orden de destrucción de los libros, pero nunca dijo nada de su existencia ni siquiera en casa, por lo que pudiera pasar. Por cosas menores la gente era condenada a años de cárcel.

Imaginen pues lo que le hubiera ocurrido a Juan Vicens de la Llave, promotor de tantas lecturas, de no haberse marchado a México al terminar la guerra. En aquel país siguió trabajando a favor de las bibliotecas: publicó manuales para su organización y fue profesor de la Escuela Nacional de Bibliotecarios. Después, esa pasión fue sustituida por la otra que también orientó su vida: la política. El Partido Comunista, en el que había militado desde joven, lo envió a Moscú -donde vivía su mujer, la también bibliotecaria María Luisa González-, y de allí a Pekín, a dar clase de español en instituciones pedagógicas y montar las emisoras de Radio Pekín para España y

América Latina. Y fue allí, en China, donde murió de infarto este aragonés inquieto, en 1959, cuando tenía sesenta y cuatro años.

Dos años más tarde, en España la policía política lo seguía buscando. El Tribunal Especial para la represión de la masonería y el comunismo le había calificado en 1945 “en rebeldía”, y había archivado provisionalmente la causa que se le había abierto al terminar la guerra, pero la maquinaria represiva seguía su camino. En 1961, cuando llevaba dos años muerto, la Comisaría General de Investigación Social “tiene el honor de poner en conocimiento” del Director General de Seguridad que la situación de Juan Vicens “no ha variado”. Sospechamos que la policía no habría hecho un trabajo tan laxo si lo hubiera encontrado en España: por lo pronto, ya en 1939 les habían quitado, a él y a su mujer, la posibilidad de ganarse la vida en su país al echarles del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos en la primera depuración que sufrió este (Orden del Ministerio de Educación Nacional de 22 de julio de 1939. BOE nº 228).

El destino que habría tenido Juan Vicens de no haber partido para el exilio habría sido trágico. Exactamente igual al que le habría correspondido a Tomás Navarro Tomás, segundo protagonista de la exposición Biblioteca en Guerra, también obligado a marchar de su país por haber incurrido en el terrible delito de preservar sus riquezas bibliográficas.

El erudito que no volvió a pisar España, uno de los más leales

Tomás Navarro Tomás había nacido en Albacete en 1884, y en 1909 había ingresado en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos pero, más que en las bibliotecas, su vida profesional antes de la Guerra Civil se había centrado en la filología. En 1935 había ingresado en la Academia de la Lengua Española (la actual RAE) y era conocido en las universidades más prestigiosas del mundo por sus investigaciones y publicaciones. Con el estallido de la guerra su vida cambió, al ser nombrado por el gobierno director de la Biblioteca Nacional de España.

Consciente del peligro que la guerra suponía para los libros, Navarro Tomás enseguida empezó a buscar la forma de preservarlos. Cuando todavía no había pasado un mes desde el golpe de estado, se comenzó a hacer un índice fotográfico de los documentos, libros y objetos arqueológicos más valiosos -por lo que pudiera pasar- y,

días después, la Biblioteca pidió un retén permanente de bomberos y tres mil sacos terreros para proteger los fondos.

Cuando el 16 de noviembre de 1936 se produjo un bombardeo en Madrid, los materiales más valiosos ya se habían guardado en cámaras especiales, pero la agresividad del ataque demostró a Tomás Navarro Tomás que esas precauciones eran insuficientes, pues se diría que para el ejército rebelde la Biblioteca Nacional era un objetivo específico. La Junta General del Tesoro Artístico de entonces lo contó así: “A primeras horas de una noche de noviembre unos aviones enemigos, después de evolucionar sobre el centro de Madrid, iluminaron con bengalas el barrio en que la Biblioteca se encuentra y dejaron caer sobre ella numerosas bombas incendiarias. La forma y dimensiones del edificio y su disposición respecto al Paseo de Recoletos, a la Plaza de Colón y a la Casa de la Moneda, harían sin duda que el aviador pudiera localizarlo e identificarlo con facilidad. Todas las bombas arrojadas cayeron, en efecto, sobre el palacio o en el jardín que lo rodea, dejando fuera de duda que habían sido dirigidas contra la Biblioteca como único y señalado objetivo”.

Esas bombas incendiarias explotaban como un soplete, produciendo una llama de tres metros de largo que podía mantener una temperatura de 3.000 grados durante un minuto. Es fácil imaginar el poder destructivo que pueden tener en una biblioteca. En el bombardeo del que estamos hablando, una bomba llegó a la sala donde se encontraban los incunables y los libros raros que, afortunadamente, estaban protegidos por los sacos terreros solicitados semanas antes.

La Biblioteca no fue la única institución cultural afectada por las bombas: la Academia de Bellas Artes de San Fernando, el Museo Antropológico e, incluso, el del Prado, sufrieron también sus efectos. Eso le convenció a Tomás Navarro Tomás de que había que sacar cuanto antes los libros de Madrid, sobre todo los más valiosos. En diciembre empezaron a salir cajas hacia Valencia, conteniendo no sólo el fondo de la Nacional sino, también, los de otras bibliotecas importantes que se habían ido recogiendo en ella para protegerlas. José Moreno Villa, poeta de la Generación del 27 y director entonces del Archivo del Palacio Nacional (hoy Real), habla en su autobiografía⁸ del trabajo que Tomás Navarro Tomás y él realizaron por aquellos días:

“Otra de las cosas hechas en Valencia fue la de inventariar los libros traídos del Monasterio del Escorial y empacarlos en cajones bien forrados. La tarea la hicimos entre Navarro Tomás y yo, en los sótanos del Banco de España (sucursal de Valencia). Tardamos unas veinte tardes”.

Porque esa es otra de las grandes tareas que afrontó la Biblioteca Nacional en aquellos años: recoger bibliotecas particulares en peligro. En 1937, Tomás Navarro Tomás informaba de que se habían recogido más de ochenta bibliotecas con más de 400.000 volúmenes, que ascendían ya a 1.200.000 en septiembre de 1938. Gracias a los inventarios hechos por los bibliotecarios para testimoniar la procedencia de los libros, al final de la guerra estos les fueron devueltos a sus propietarios. Curiosamente, la realización de aquellos listados permitió encontrar libros robados al Estado por algunos coleccionistas, por ejemplo el Codex -19 de la Academia de la Historia o el más antiguo testimonio de las obras de Gonzalo de Berceo, robado en 1929. Esos, naturalmente, no se devolvieron.

En 1937, mientras ese trabajo de recogida e inventario se seguía desarrollando, la Biblioteca Nacional sufrió un nuevo bombardeo: el 20 de junio le cayeron varios obuses, uno de los cuales decapitó la estatua de Lope de Vega que se encuentra en las escaleras exteriores.

Es por ello paradójico que Miguel Artigas, antecesor de Tomás Navarro Tomás en la dirección de la Biblioteca Nacional, y académico que le dio la réplica en su ingreso en la RAE, publicara en la prensa un artículo⁹ dirigido a los hispanistas de todo el mundo denunciando supuestas agresiones al tesoro bibliográfico en la zona republicana, Tomás Navarro Tomás y Antonio Rodríguez Moñino le contestaron¹⁰ inmediatamente, con un largo texto que contradice rotundamente sus palabras:.

“En una guerra -decían- se concibe el bombardeo de objetivos militares, polvorines, concentraciones de tropa, depósitos de víveres, etc., pero lo que es inconcebible, lo que no se ha realizado nunca en la historia es el ataque sistemático y repetido de establecimientos culturales absolutamente desplazados del teatro de lucha y sin ningún contenido militar. Y los militares rebeldes han bombardeado sin piedad catorce grupos escolares madrileños, el Instituto Escuela, el de San Isidro, el glorioso Instituto Cajal y muchos de nuestros museos y bibliotecas”.

El artículo de Miguel Artigas, sin embargo, sembró dudas entre hispanistas como Sir Frederick Kenyon, exdirector del British Museum, que escribió en The Times mostrando su inquietud. Inmediatamente fue invitado por el gobierno español a ver con sus propios ojos lo que se estaba haciendo, y vino a España con J.G. Mann, conservador de

la Wallace Collection. Durante nueve días visitaron nuestro país, con paradas en Cataluña, Valencia y Madrid. Al marcharse escribieron un informe en el que, entre otras cosas decían lo siguiente:

“No hubo ninguna intención de ocultar el hecho de que se había destruido mucho, especialmente en las iglesias, durante los primeros días. Por otra parte era evidente que, después, se habían hecho trabajos sorprendentes para proteger los tesoros artísticos de los peligros de la guerra”.

La verdad es que el trabajo de preservación de los fondos bibliográficos españoles que hicieron las autoridades republicanas fue ejemplar: de hecho sirvió de modelo en conflictos posteriores. Tomás Navarro Tomás fue uno de sus principales artífices y, como premio, fue expulsado del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y tuvo que coger el camino del exilio. Gran amigo de Antonio Machado, cruzó con él los Pirineos, pero mientras Machado se quedaba en Francia -donde murió a los pocos días-, él continuó viaje hasta Nueva York, donde la Universidad de Columbia, que le esperaba con los brazos abiertos, le dio trabajo hasta su jubilación. Murió en 1979 a los noventa y cinco años, sin haber vuelto a pisar España: se había jurado no hacerlo mientras viviera Franco y, para cuando el dictador murió, él ya era un hombre muy viejo y no podía hacer un viaje tan largo. La Biblioteca Nacional no le puso una placa conmemorativa hasta la inauguración de la exposición Biblioteca en guerra.

Testigos de la batalla de Madrid

La Nacional no fue la única biblioteca que hizo esfuerzos sobrehumanos para preservar el tesoro bibliográfico. La de la Universidad Complutense de Madrid, segunda en importancia por su fondo antiguo, también salvó gran parte de sus tesoros, afrontando enormes dificultades. Una parte de la Biblioteca se había trasladado justo antes de la guerra desde el centro de Madrid a la Ciudad Universitaria que se había construido en la salida noroeste de la ciudad, y esa zona se había convertido en primera línea de combate porque era la preferida por las tropas de Franco para entrar en Madrid. Un trabajador de la Biblioteca, Ángel López, que conocía muy bien los fondos, se expuso con otros voluntarios noche tras noche a las balas para atravesar las trincheras y salvar los libros más importantes, pero desafortunadamente no todo pudo recuperarse. La bibliotecaria de la Complutense Marta Torres Santo Domingo asegura¹¹ que “hay quien estima que se perdió un tercio de los fondos”.

“Las barricadas estaban hechas con libros de la biblioteca; cogimos los más grandes y voluminosos que pudimos encontrar, entre ellos, recuerdo que había una enciclopedia de religión y mitología hindú. Más tarde descubrimos, después de escuchar los impactos de las balas en los libros, que el grado de penetración de las balas llegaba aproximadamente hasta la página 350; desde entonces me incliné a creer, como nunca lo había hecho antes, aquellas historias de soldados cuyas vidas habían sido salvadas por una Biblia que llevaban en el bolsillo de la chaqueta”.

Aún hoy es el día en que la Universidad Complutense de Madrid no ha restaurado todos los libros dañados. Incluso ha decidido que algunos “no se restauren y queden como testigos de lo que ocurrió en aquella batalla de Madrid, para que sus lomos agujereados y sus hojas rasgadas nos hablen de unos acontecimientos sangrientos que no deben repetirse jamás¹² ”. Por desgracia, aún se siguen repitiendo acontecimientos como aquellos.

Llevar los libros a las trincheras

La guerra civil española, como cualquier otra, tuvo unos efectos tremendamente destructivos para las personas y para los libros. Pero también provocó la aparición de bibliotecarios que, guiados por el afán de extender generalizadamente los beneficios de la cultura, se propusieron llevar la lectura a lugares tan imposibles como las propias líneas de combate. Teresa Andrés Zamora y Jordi Rubió, los dos siguientes protagonistas de la exposición Biblioteca en guerra, así lo hicieron. Jordi Rubió a través del Servei de Biblioteques del Front, creado en febrero de 1937; Teresa Andrés a través de Cultura Popular, una organización nacida en 1936 para coordinar la actividad cultural de los diversos colectivos encuadrados en el Frente Popular¹³

Teresa Andrés fue la responsable de la sección de bibliotecas de Cultura Popular y, aunque la idea con la que se creó la sección era llevar los libros a la gran cantidad de colectivos que iban naciendo -grupos políticos, sindicales, asociaciones culturales, deportivas...-, con el estallido de la guerra se vio la necesidad de formar bibliotecas para los frentes y los hospitales. En septiembre de 1936, la sede de Cultura Popular en Madrid ya había repartido entre ellos ciento noventa bibliotecas y, en febrero de 1937, desde una nueva sede abierta en Valencia, se habían distribuido más de trescientas bibliotecas en guarderías de niños refugiados, hospitales, cuarteles y

frentes, organizaciones políticas y sindicales. A finales de 1937 se habían distribuido un total de mil noventa y ocho bibliotecas¹⁴. Una de ellas, la de la 1ª Brigada Móvil de choque, fue inaugurada por el poeta Miguel Hernández, que hizo un discurso lleno de ilusión y esperanza:

*“Tenemos que advertir -dijo- la profunda significación que las bibliotecas han de tener en nuestra República de trabajadores, que ha de ser una república de laboriosidad y cultura. Las bibliotecas, con las universidades y las escuelas, vendrán a ocupar los puestos que hoy tienen tabernas, casas de prostitución y bancos hipotecarios...”*¹⁵

Aquellas bibliotecas para el frente iban en cajas de madera para soportar los traslados, y contenían obras de autores clásicos y contemporáneos, novelas de aventuras, gramáticas, diccionarios, aritméticas, atlas y todo tipo de obras de divulgación. Llevaban también sus correspondientes catálogos, un cuaderno de peticiones y un cartel anunciador. Teresa Andrés, incluso, había escrito un folleto titulado “Indicaciones para la organización de las Bibliotecas de los Frentes, Cuarteles y Hospitales¹⁶” con el fin de orientar a quienes se hacían cargo de ellas.

Muchos soldados españoles aprendieron a leer en el frente, y seguro que aquellas bibliotecas tuvieron mucho que ver. El militar comunista Enrique Lister, que acabó siendo general del ejército rojo en la Segunda Guerra Mundial, expresaba así el sentimiento que a él le despertaban:

“Somos el ejército mejor pagado del mundo. Tenemos comida, ropa, libros y periódicos completamente gratuitos. Y encima nos dan diez pesetas diarias”.

¿Qué sería de aquellos libros después de la guerra? A veces, en una biblioteca o en alguna librería de viejo aparece alguno con el sello de algún regimiento, pero la mayoría se perdieron. Por lo que respecta a Teresa Andrés, ella también tuvo un final trágico. Tuvo que marchar al exilio, porque había militado en el Partido Comunista y no habría habido perdón para ella si se hubiera quedado. Ya había perdido en la guerra a su padre y a un hermano, ambos médicos, asesinados en los primeros días de la guerra en una de esas cunetas que aún siguen hoy llenas de huesos olvidados. Un segundo hermano había muerto en el Frente del Ebro, así que Teresa no podía arriesgarse a perder más y marchó a París con su marido. Pero allí la pilló la invasión alemana, y siguió perdiendo: lo más importante de todo, a sus dos hijos, a los que había mandado a España para que vivieran con la abuela mejor que en el París

ocupado. Ya no volvió a verlos. Al mayor porque murió repentinamente en 1944, de meningitis. Al segundo porque en 1946 fue ella la que murió en París, de leucemia y de pena, a los 39 años. No pudo, ni siquiera, saborear la victoria de los aliados.

Después, el olvido se cernió sobre ella: no se volvió a saber nada de su trabajo, ni de su vida, hasta que, a principios de los años 2000, unos cuantos bibliotecarios cabezotas salimos en su busca por las carreteras de Castilla¹⁷.

Por otras carreteras, lejanas en distancia y tiempo, y en las difíciles circunstancias de la guerra, circuló el primer bibliobús que viajó por España. Lo puso en marcha Jordi Rubió, director de los servicios bibliotecarios de una Cataluña que durante la Segunda República española gozó de una relativa autonomía. Director de la Escuela Superior de Bibliotecarias y de la Biblioteca de Cataluña, Rubió creó en 1937 el Servei de Biblioteques del Front, con sede en Barcelona y en el que colaboraron la Asociación de Escritores Catalanes, jóvenes bibliotecarias y alumnas de la Escuela de Bibliotecarias.

Para atender el frente de Aragón, el Servei abrió dos subcentrales en dos pueblos aragoneses: Sariñena y Alcañiz. La primera repartió en nueve meses doce mil quinientos volúmenes y prestó veinticuatro muebles biblioteca. La segunda distribuyó, a lo largo de 1937, ocho mil libros y diecisiete muebles biblioteca. En marzo de 1938, con el repliegue del frente, se perdieron ambas.

En cuanto a la sede central del Servei de Biblioteques del Front, fue destruida por las bombas franquistas que el 17 de marzo cayeron sobre Barcelona. Hasta siete minutos antes del bombardeo habían estado trabajando allí ocho bibliotecarias que, afortunadamente, se salvaron. No puede decirse lo mismo de los libros: en el local había unos veinte mil volúmenes y un centenar de bibliotecas móviles a punto de salir hacia los frentes, además del catálogo de doscientas cincuenta bibliotecas circulantes y la documentación de las dos subcentrales. Todo ello quedó hecho trizas. Como dijo entonces una crónica periodística, “mientras Cataluña envía a los frentes miles de libros, la España de Franco envía sobre Barcelona bombas de aire líquido que hacen polvo a los ciudadanos, las casas y los libros”.

Desde el minuto uno de funcionamiento del Servei de Biblioteques del Front, Jordi Rubió intentó poner en marcha un vehículo específico para llevar los libros hasta los combatientes, pero no lo consiguió hasta mayo de 1938, después del repliegue del frente de Aragón. M^a Felipa Español y Rosa Granés, las bibliotecarias que habían trabajado en las dos subcentrales de Alcañiz y Sariñena, se encargaron de este nuevo servicio.

Aquel bibliobús llevaba más de dos mil cien volúmenes, folletos y revistas, e hizo dieciocho viajes por Cataluña y Aragón. Como anécdota podemos contar que, en uno de ellos, visitó el regimiento donde luchaba Manuel, el hijo de Jordi Rubió, incorporado a filas a los diecisiete años. En una carta que este mandó a su padre el 20 de junio de 1938 se ve muy bien la impresión que este servicio causaba en los soldados:

“Ayer -decía la carta- [...] tuve la alegría más grande que he tenido desde que estoy aquí: ¡vino el bibliobús! Recibe, padre querido, mi felicitación más firme. Como soldado y como hijo. ¡No sabes la alegría que les causó a los compañeros ver un camión con libros! [...] Las bibliotecarias, en poquísimo tiempo, hicieron la tarjeta a todos los chicos. Cogimos libros todos los que quisimos, pero ni se notó. Como todos los que cogimos eran diferentes, ahora, hasta que vuelva, podemos cambiarlos y leer muchos. [...] Les dio más ánimos a los soldados la venida del bibliobús que los más encendidos discursos de [l presidente] Negrín o el reparto de tabaco”.

Tras unos meses en los que arrojó muchos peligros -incluido un accidente en el que murió la bibliotecaria Concepció de Balanzó-, el bibliobús hizo su último servicio llevando al exilio a varios escritores republicanos, entre ellos Mercè Rodoreda. Y en Francia, concretamente en Perpiñán, se desvaneció por completo su rastro. Habrían de pasar décadas antes de que las carreteras españolas vieran de nuevo circular un bibliobús.

Quizá las nuevas autoridades hubieran querido borrar también el rastro del propio Jordi Rubió. Enseguida le quitaron los cargos que había ejercido hasta entonces y le prohibieron dedicarse a la docencia, trabajar en la Administración pública y hablar en catalán. El editor Salvat, que sabía lo mucho que valía, le ofreció trabajo y en la editorial se jubiló a los ochenta años, compaginando esa tarea con su dedicación, prácticamente clandestina, a la cultura catalana. Hoy está reconocido como uno de sus principales defensores.

La bibliotecaria que buscó refugio en un diccionario

Su caso es muy semejante es el de María Moliner, la quinta protagonista de *Biblioteca en guerra* y, en palabras de Gabriel García Márquez, “la mujer que escribió un **diccionario 18**”.

María Moliner entró en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos en 1922, y permaneció en él hasta 1970: casi cincuenta años. Si bien

empezó su dedicación profesional en un archivo, las bibliotecas se introdujeron en su vida cuando, en 1935, se le encargó visitar todas las que el Patronato de Misiones Pedagógicas había creado en Valencia. Algo más tarde, en junio de 1937, fue nombrada directora de la Oficina para la Adquisición de Libros y Cambio Internacional, donde se encargó de la compra de cientos de miles de libros para las bibliotecas públicas de la zona republicana -433.000 volúmenes sólo entre marzo de 1937 y abril de 1938¹⁹, con la firme voluntad de que siguieran funcionando con normalidad a pesar de la guerra. Con ese mismo afán, redactó unas Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas²⁰, destinadas a los bibliotecarios rurales. Pero su mayor aportación a la biblioteconomía española es haber imaginado un plan global de bibliotecas 21, el primero y único que ha habido en nuestro país, el que nos hubiera llevado, de no haberse perdido la guerra, a tener hoy el mejor sistema bibliotecario de Europa, por no decir del mundo.

María Moliner fue una bibliotecaria comprometida con la lectura pública y, sin embargo, hasta hace muy poco ni siquiera los bibliotecarios conocíamos esta faceta suya. El gobierno que ganó la guerra la trató como si hubiera delinquido: la rebajó dieciocho puestos en el escalafón y la alejó de las bibliotecas públicas. Tras una temporada en el Archivo de Hacienda de Valencia pudo trasladarse a Madrid, pero no a una biblioteca general sino a la de la Escuela de Ingenieros, donde se jubiló. Durante todos aquellos años, por las mañanas, antes de ir al trabajo, extendía sus fichas en la misma mesita en la que luego desayunarían sus hijos e iba avanzando diccionario adelante. Miles de hispanoparlantes saben que María Moliner realizó la extraordinaria tarea de hacer un diccionario de uso del español ella sola, pero casi nadie imaginaba que esta magna obra fue una especie de refugio para no sentir la añoranza de las bibliotecas públicas.

Juan Vicens, Tomás Navarro Tomás, Teresa Andrés, Jordi Rubió, María Moliner -y los otros muchos bibliotecarios y bibliotecarias que trabajaron para llenar nuestro país de libros y conservar los tesoros bibliográficos en los años treinta del pasado siglo- sentían una confianza plena en el libro como herramienta de libertad, con una fuerza sólo comparable al terror que el mismo libro despertaba en los autores del golpe de estado. Ambos le adjudicaban una fuerza transformadora y revolucionaria que ilusionaba enormemente a los primeros y asustaba en la misma medida a los segundos. Así, a partir del 1 de abril de 1939, fecha en la que terminó oficialmente la guerra, se abrió la veda a la biblioclastia.

Una historia (otra) llena de destrucciones de libros

El Día del Libro de 1939 fue celebrado por el bando ganador con una quema de libros en la Universidad de Madrid, que quedó recogida en el Diario Ya del 2 de mayo de 1939. Con el título Auto de fe en la Universidad Central, el periodista hace el siguiente relato:

“Los enemigos de España fueron condenados al fuego. Con motivo de la Fiesta del Libro se celebró un auto de fe en el patio de la Universidad Central, pronunciando el catedrático Antonio Luna las siguientes palabras: “para edificar a España una, grande y libre, condenamos al fuego los libros separatistas, los liberales, los marxistas, los de la leyenda negra, los anticatólicos, los del romanticismo enfermizo, los pesimistas, los pornográficos, los de un modernismo extravagante, los cursis, los cobardes, los seudocientíficos, los textos malos y los periódicos chabacanos. E incluimos en nuestro índice a Sabino Arana²², Juan Jacobo Rousseau, Carlos Marx, Voltaire, Lamartine, Máximo Gorki, Remarque, Freud y al Heraldo de Madrid²³”.

Por desgracia, sabemos bien que barbaridades de ese tipo se han hecho en otras guerras y en otros lugares. La exposición Biblioteca en guerra también quiso reflejar eso, colocando la foto paradigmática de la Biblioteca de Sarajevo en ruinas al lado de otras ruinas producidas por las bombas franquistas, o fotos de la destrucción de libros en la Biblioteca de la Universidad de Basora, que nos prestó Ferando Báez, al lado de los libros destrozados de la Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid. Pero también quiso presentar la cara positiva, citando los esfuerzos de bibliotecarios de otras latitudes para llevar libros a los combatientes de otros conflictos.

Es terrible tener que admitir que la historia está llena de destrucciones de libros y persecuciones para quienes intentan divulgarlos. Richard Ovenden, director de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, hace una crónica de muchos horrores de ese tipo en su obra Quemar libros²⁴. Empieza con la destrucción de las tablillas de arcilla de la Biblioteca de Asurbanipal en Nínive y llega hasta la pérdida de cientos de miles de documentos y libros raros en la segunda guerra del Golfo. No cita la guerra de Ucrania porque es posterior a la escritura del libro, pero seguro que en ella también se están destruyendo libros.

Por suerte, aún hay personas empeñadas en salvar las bibliotecas. Por ejemplo Alia Muhammad Baker, bibliotecaria jefa de la Biblioteca Central de Al Basrahla en Basora,

digna compañera de los cinco protagonistas de la exposición Biblioteca en guerra. En la invasión Irak, Alia y varios de sus amigos vaciaron la biblioteca antes de que un incendio la destruyera, repartiendo entre sus casas los más de 30.000 volúmenes que albergaba. La escritora norteamericana Jeanette Winter ha publicado esta historia en forma de álbum ilustrado para niños²⁵, con la idea de que una parte de los beneficios de su venta se dedique a reponer los fondos de aquella biblioteca.

Sí: sigue habiendo personas que se empeñan en salvar las cosas que aman. El documental *Los ojos de Ariana*, del realizador Ricardo Macián, cuenta cómo algunos trabajadores de la Filmoteca Nacional de Afghanistan evitaron la destrucción de los archivos fílmicos de su país, escondiéndolos en falsos techos ante la constante amenaza del gobierno talibán. Arriesgaron sus vidas para que “los ojos de Ariana” (antiguo nombre de Afganistán) no se cerraran para siempre²⁶. Esos trabajadores, a la vuelta de los talibanes el verano pasado, tuvieron que pedir refugio en Europa porque, al haberse hecho público su trabajo, su vida volvía a correr peligro. Tenemos que agradecer mucho la existencia de personas como estas. Gracias a ellas podemos confiar en que los libros y demás soportes de cultura no desaparecerán nunca, a pesar de las guerras y la barbarie que desencadenan. Que así sea.

Referencias Bibliográfica

Andrés, T. (1937). Cultura Popular y su Sección de Bibliotecas. En Labor Cultural de la República Española durante la guerra. Gráficas Vives Mora. Reproducido en B. Calvo y R. Salaberria (Ed.), Biblioteca en guerra (pp. 313-318) Biblioteca Nacional de España.

Andrés, T. (1937). Indicaciones para la organización de las Bibliotecas de los Frentes, Cuarteles y Hospitales. Cultura Popular. Reproducido en B. Calvo y R. Salaberria (Ed.), Biblioteca en guerra (pp. 319-326) Biblioteca Nacional de España.

Artigas Ferrando, M. J. (15 de junio de 1937). Clamor de infortunio: a los hispanistas del mundo. Heraldo de Aragón.

Biblioteca Nacional de España. (18 de junio de 2009). Biblioteca en Guerra [Archivo de Vídeo]. Youtube <https://youtu.be/7twyQ4SqND0>.

Calvo, B., Girón, A., Ruiz Muñoz, M. J. y Salaberria, R. (2005). Dossier Teresa Andrés, bibliotecaria en guerra. Educación y Biblioteca, 17 (145), 71-108. <http://hdl.handle.net/10366/108913>

Calvo, B. y Salaberria, R. (Ed.). (2005) Biblioteca en guerra. Biblioteca Nacional de España.

Calvo, B. y Salaberria, R. (2009). Juan Vicens, inspector de Bibliotecas Públicas Municipales (1933-1936). Educación y Biblioteca, 21 (169), 37-134.

Cineinvisible 2013. (28 de febrero de 2013). Los ojos de Ariana, de Ricardo Macian [Archivo de Vídeo]. Youtube https://youtu.be/fQt_CwjWmd8

Coronado, X. F. (2003). Dossier La Biblioteca Popular Circulante de Castropol (1922-1936). El libro como semilla y herramienta para labrar conocimiento. Educación y Biblioteca, 15 (133), 59-98. <http://hdl.handle.net/10366/108872>

Cugueró, M. C., Boada, M. T. y Allué, V. (1995). El servei de biblioteques del Front. Diputació de Barcelona.

García Márquez, G. (10 de febrero de 1981). La mujer que escribió un diccionario. El País.

Hernández, M. (6 de febrero de 1937). Inauguración de la biblioteca. Al Ataque.

Junta Central del Tesoro Artístico. (1937). Protección del tesoro bibliográfico nacional : réplica a Miguel Artigas.

- Martínez Rus, A. (2003).** La política del libro durante la Segunda República: socialización del libro. Trea.
- Moliner, M. (1937).**Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas. Ministerio de Instrucción Pública.
- Moliner, M. (1939).**Proyecto de bases de un Plan de Organización general de Bibliotecas del Estado. Ministerio de Instrucción Pública.
- Moreno Villa, J. (1944).** Vida en claro: autobiografía. El Colegio de México.
- Ovenden, R. (2021).** Quemar libros: una historia de la destrucción deliberada del conocimiento. Crítica.
- Patronato de Misiones Pedagógicas. (1935).** Memoria de la Misión Pedagógico-Social en Sanabria (Zamora) ; Resumen de trabajos realizados en el año 1934.
- República Española, Ministerio de Instrucción Pública. (1938).**Un año de trabajo en la Sección de Bibliotecas. Marzo 1937- Abril 1938.
- Salaberria, R. (1998).** Dossier María Moliner: la memoria arrancada. Educación y Biblioteca, 10 (86), 7-20. <http://hdl.handle.net/10366/115274>
- Salaberria, R. (1999).** Dossier Anarquistas y bibliotecas. Educación y Biblioteca, 11 (97), 5-24. <http://hdl.handle.net/10366/108825>
- Salaberria, R. (2001).** Dossier Bibliotecas de Misiones Pedagógicas. Educación y Biblioteca, 13 (119), 5-34. <http://hdl.handle.net/10366/108851>
- Salaberria, R. (2004).** Aurora Díaz Plaja, bibliotecaria en el frente. Educación y Biblioteca, 16 (139), 42-43. <http://hdl.handle.net/10366/119037>
- Salaberria, R. y Calvo, B. (2000).** Dossier Juan Vicens, bibliotecario republicano. Educación y Biblioteca, 12 (108), 5-33. <http://hdl.handle.net/10366/108837>
- Salaberria, R. y Torres H. Mantecón, M. A. (2004).** Dossier Los maestros que perdimos los bibliotecarios: José Ignacio Mantecón. Educación y Biblioteca, 16 (139), 65-87. <http://hdl.handle.net/10366/108876>
- Torres Santo Domingo, M. (2005).**[Libros que salvan vidas, libros que son salvados: la Biblioteca Universitaria en la Batalla de Madrid. En B. Calvo y R. Salaberria \(Ed.\), Biblioteca en guerra \(pp. 259-292\) Biblioteca Nacional de España.](#)

Vicens, J. (2002). España viva: el pueblo a la conquista de la cultura. Vosa Ediciones.

Winter, J. (2007). La bibliotecaria de Basora: una historia real de Iraq. Editorial Juventud.

Notas al pie de página

1.- María Moliner, la memoria arrancada; Anarquistas y bibliotecas; Juan Vicens, bibliotecario republicano; Bibliotecas de Misiones Pedagógicas; Biblioteca Popular Circulante de Castropol; Los maestros que perdimos los bibliotecarios: Mantecón y, por último, Teresa Andrés, bibliotecaria en guerra

2.- Madrid: Vosa; Asociación Educación y Bibliotecas, 2002.

3.- Barcelona: Diputació de Barcelona, 1995.

4.- Gijón: Trea, 2003.

5.- <https://www.youtube.com/watch?v=7twyQ4SqND0>

6.- Palabras textuales del Patronato de Misiones Pedagógicas.

7.- Juan Vicens, inspector de Bibliotecas Públicas Municipales (1933-1936) Edición de Blanca Calvo y Ramón Salaberria. Educación y Biblioteca, nº 169, 2009, p. 38-134.

8.- Moreno Villa, José. Vida en claro (autobiografía) El Colegio de México 1944

9.- Artigas Ferrando. “Clamor de infortunio. A los hispanistas del mundo”, Heraldo de Aragón, 15 de junio de 1937.

10.- Junta Central del Tesoro Artístico. Protección del tesoro bibliográfico nacional : réplica a Miguel Artigas. Valencia, 1937. Reproducido en el catálogo de Biblioteca en guerra. Madrid : Biblioteca Nacional, 2005. P. 209-225.

11.- Marta Torres Santo Domingo. Libros que salvan vidas, libros que son salvados: la

Biblioteca Universitaria en la Batalla de Madrid. En Biblioteca en guerra / coord. por Blanca Calvo Alonso-Cortés, Ramón Salaberria Lizarazu, 2005, págs. 259-292.

12.- Palabras de Marta Torres Santo Domingo.

13.- La coalición electoral de los partidos de izquierda que ganó las elecciones de 1936.

14.- Andrés, Teresa. Cultura Popular y su Sección de Bibliotecas. Publicado en Labor Cultural de la República Española durante la guerra. Valencia: Gráficas Vives Mora, 1937. Reproducido en Biblioteca en guerra / coord. por Blanca Calvo Alonso-Cortés, Ramón Salaberria Lizarazu, 2005, págs. 313-318.

15.- Publicado en Al Ataque, 6 de febrero, 1937. Órgano de la Primera Brigada Móvil de Choque. Publicado también en Biblioteca en guerra / coord. por Blanca Calvo Alonso-Cortés, Ramón Salaberria Lizarazu, 2005, págs. 331-332.

16.- Publicado en Cultura Popular, Valencia, 1937. Reproducido en Biblioteca en guerra / coord. por Blanca Calvo Alonso-Cortés, Ramón Salaberria Lizarazu, 2005, págs. 319-326.

17.- Dossier: Teresa Andrés. Educación y Biblioteca 2005, año 17, número 145 pp. 72-108.

18.- García Márquez, Gabriel. La mujer que escribió un diccionario. En El País, 10 de febrero de 1981

19.- República Española, Ministerio de Instrucción Pública. Un año de trabajo en la Sección de Bibliotecas. Marzo 1937- Abril 1938. Barcelona, 1938.

20.- Moliner, María. Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas. Valencia: Ministerio de Instrucción Pública, 1937.

21.- Moliner, María. Proyecto de bases de un Plan de Organización general de Bibliotecas del Estado. Publicado en Valencia en 1939, cuando está a punto de perderse la guerra.

22.- Político y escritor considerado el padre del nacionalismo vasco

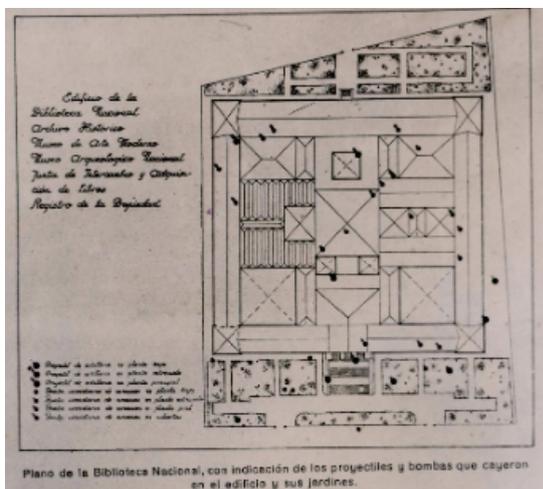
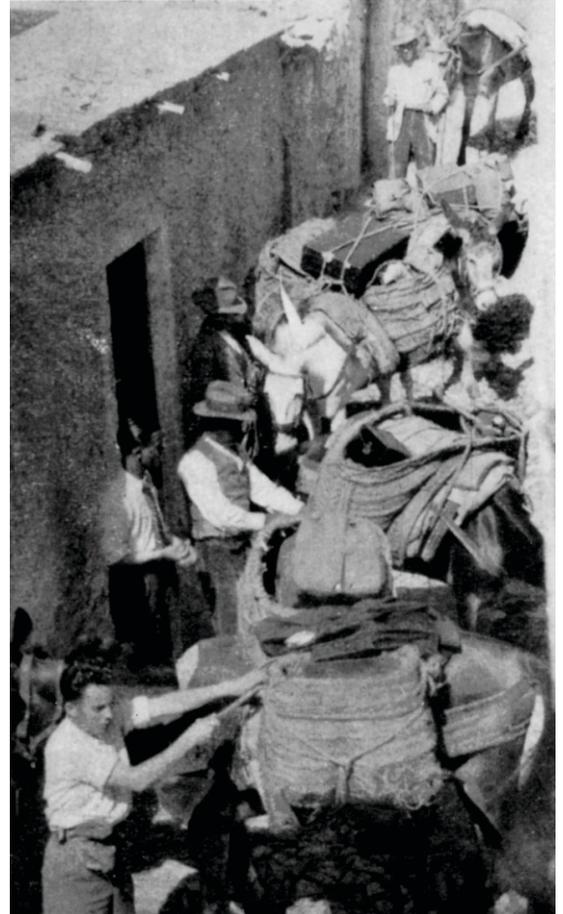
23.- Diario liberal de gran tirada publicado de 1890 a marzo de 1939. Durante la Segunda República defendió ideas republicanas de izquierdas.

24.- Ovenden, Richard. Quemar libros: Una historia de la destrucción deliberada del conocimiento. Barcelona, Crítica, 2021.

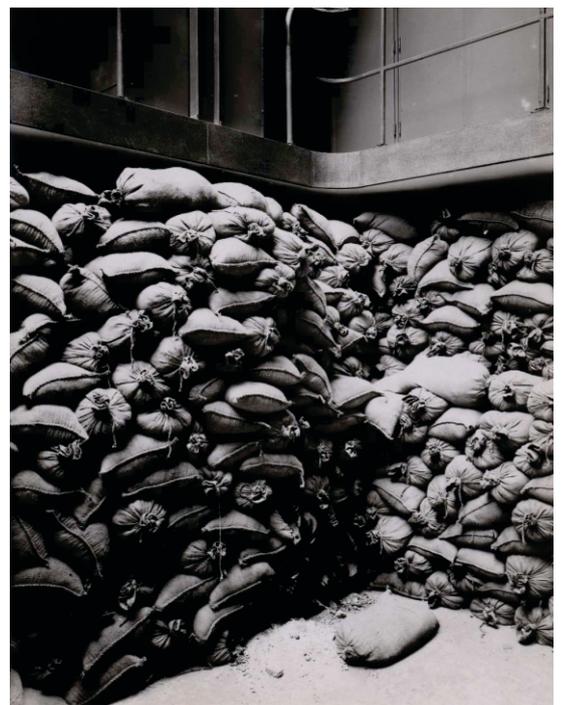
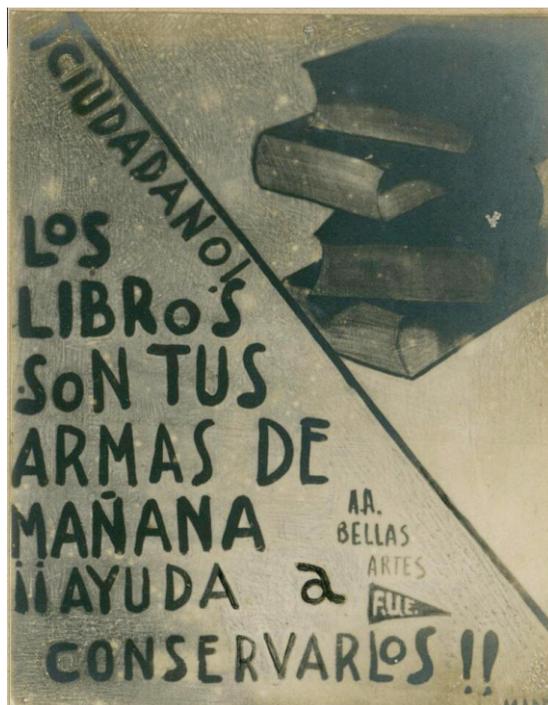
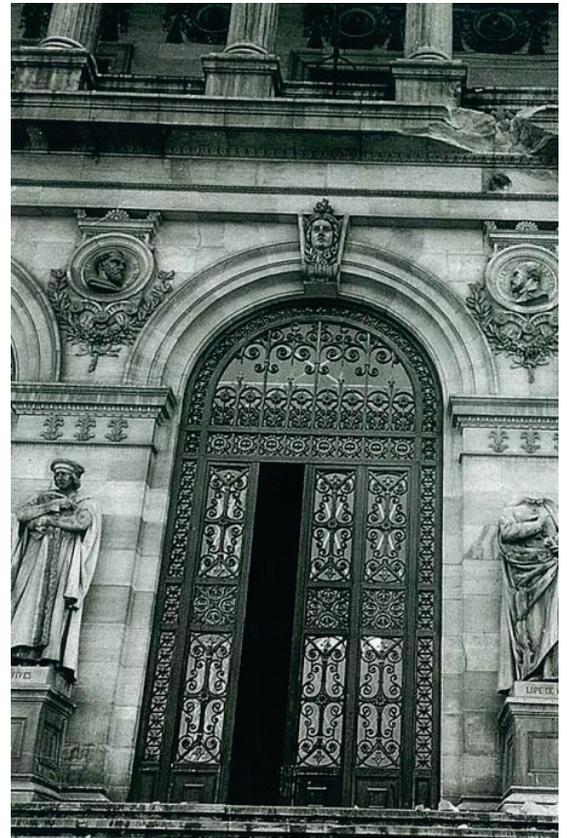
25.- Winter, Jeanette. La bibliotecaria de Basora: Una historia real de Iraq. Barcelona, Editorial Juventud, 2007.

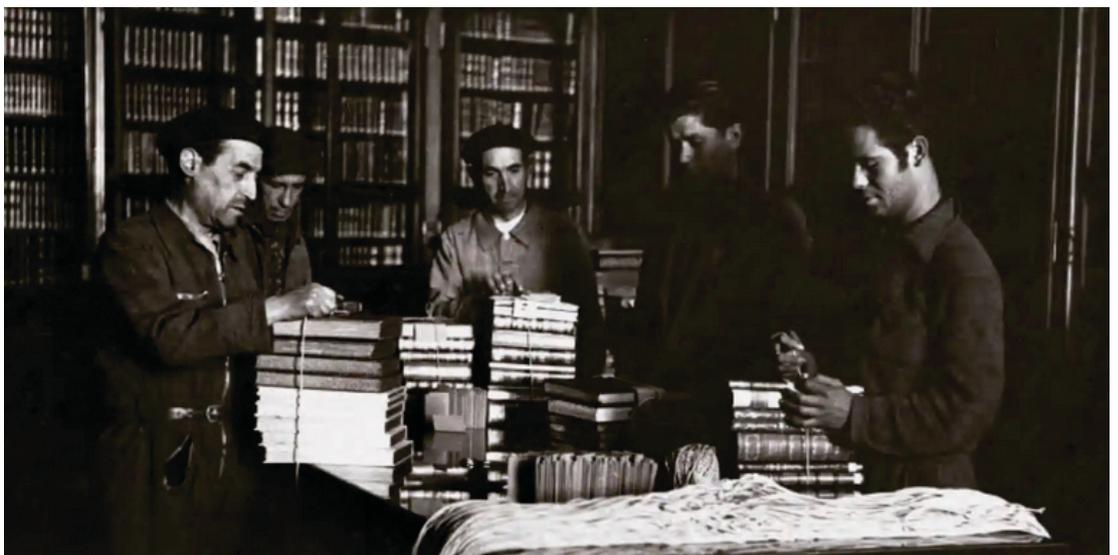
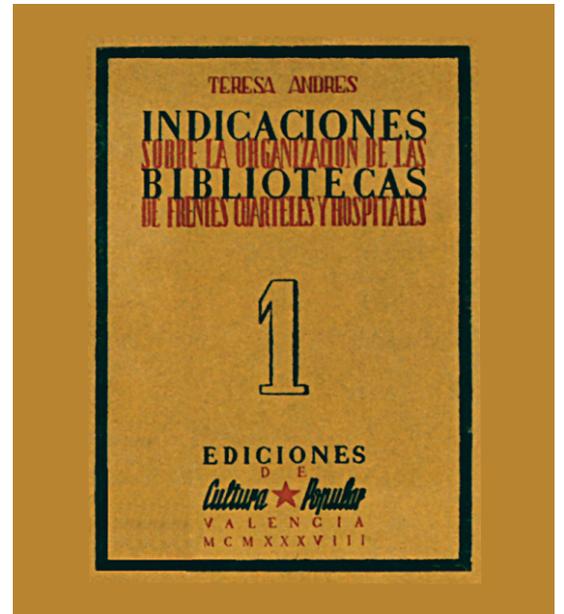
26.- https://www.youtube.com/watch?v=fQt_CwjWmd8

ANEXO I. Testimonios fotográficos



Milicianos que custodian la Biblioteca Nacional examinando una de las bombas incendiarias, de marca alemana, que no llegó a explotar.







CON MOTIVO DE LA EXPOSICIÓN **BIBLIOTECA EN GUERRA**, LA BIBLIOTECA NACIONAL RINDE HOMENAJE A SU DIRECTOR DURANTE LOS AÑOS 1936-39, **DON TOMÁS NAVARRO TOMÁS**, Y A TODOS LOS BIBLIOTECARIOS QUE EN TAN DIFÍCILES CIRCUNSTANCIAS SUPIERON PRESERVAR ESTE LEGADO.

15 DE NOVIEMBRE 2005

